ISABEL
ALLENDE
EL CUADERNO
DE MAYA

12 de enero 2011

CUADERNO DE MAYA

por Isabel Allende

Tell me, what else should I have done?
Doesn't everything die at last, and too soon?
Tell me, what is it you plan to do
with your one wild and precious life?

Mary Oliver (The Summer Day)

VERANO

(Enero, febrero, marzo)

Hace una semana, mi abuela me abrazó sin lágrimas en el aeropuerto de San Francisco y me repitió que si en algo valoraba mi existencia, no me comunicara con nadie conocido hasta que tuviéramos la certeza de que mis enemigos ya no me buscaban. Mi Nini es paranoica, como son los habitantes de la República Popular Independiente de Berkeley, a quienes persiguen el gobierno y los extraterrestres, pero en mi caso no exageraba, toda medida de precaución es poca. Me entregó un cuaderno de cien hojas para que llevara un diario de vida, como hice desde los ocho años hasta los quince, cuando se me torció el destino. "Vas a tener tiempo de aburrirte, Maya. Aprovecha para escribir las tonterías monumentales que has cometido, a ver si les tomas el peso," me dijo. Existen varios diarios míos, sellados con cinta adhesiva industrial, que mi abuelo guardaba bajo llave en su escritorio y ahora mi Nini tiene en una caja de zapatos debajo de su cama. Éste sería mi cuaderno #9. Mi Nini cree que me servirán cuando me haga un psicoanálisis, porque contienen las claves para desatar los nudos de mi personalidad, pero si los hubiera leído,

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

sabría que contienen un montón de fábulas capaces de despistar al mismo Freud. En principio, mi abuela desconfía de los profesionales que ganan por hora, ya que los resultados rápidos no les convienen, sin embargo hace una excepción con los psiquiatras, porque uno de ellos la salvó de la depresión y de las trampas de la magia, cuando le dio por comunicarse con los muertos.

Puse el cuaderno en mi mochila para no ofenderla, sin intención de usarlo, pero es cierto que aquí el tiempo se estira y escribir es una forma de ocupar las horas. Esta primera semana en exilio ha sido larga para mí. Estoy en un islote casi invisible en el mapa, en plena Edad Media. Me resulta complicado escribir sobre mi vida, porque no sé cuánto recuerdo y cuánto es producto de mi imaginación; la estricta verdad puede ser tediosa y por eso, sin darme ni cuenta, la cambio o la exagero, pero me he propuesto corregir ese defecto y mentir lo menos posible en el futuro. Y así es como ahora, cuando hasta los yanomamos del Amazonas usan computadores, yo estoy escribiendo a mano. Me demoro y mi letra debe ser cirílica, porque ni yo misma logro descifrarla, pero supongo que se irá enderezando página a página. Escribir es como andar en bicicleta: no se olvida, aunque uno pase años sin practicar. Trato de avanzar en orden cronológico, ya que algún orden se requiere y pensé que ése se me daría fácil, pero pierdo el hilo, me voy por las ramas o me acuerdo de algo importante varias páginas más adelante y no hay modo de intercalarlo. Mi memoria se mueve en círculos, espirales y saltos de trapecista.

Soy Maya Vidal, diecinueve años, sexo femenino, soltera, sin un enamorado por falta de oportunidades y no por quisquillosa, nacida en Berkeley, California, pasaporte americano, temporalmente refugiada en una isla al sur del mundo. Me pusieron Maya porque a mi Nini le atrea la India y a mis padres no se les ocurrió otro nombre, aunque tuvieron nueve meses para pensarlo. En hindi, Maya significa hechizo, ilusión, sueño, nada que ver con mi carácter. Atila me calzaría mejor, porque donde pongo el pie no sale más pasto. Mi historia comienza en Chile con mi abuela, mi Nini, mucho antes de que yo naciera, porque si ella no hubiera emigrado, no se habría enamorado de mi Popo ni se habría instalado en California, mi padre no habría conocido a mi madre y yo no sería yo, sino una joven chilena muy diferente. ¿Cómo soy? Un metro

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

ochenta, cincuenta y ocho kilos cuando juego fútbol y varios más si me descuido, piernas musculosas, manos torpes, ojos azules o grises, según la hora del día, y creo que rubia, pero no estoy segura ya que no he visto mi pelo natural desde hace varios años. No heredé el aspecto exótico de mi abuela, con su piel aceitunada y esas ojeras oscuras que le dan un aire depravado, o de mi padre, apuesto como un torero y así de vanidoso, tampoco me parezco a mi abuelo – mi magnífico Popo – porque por desgracia no es mi antepasado biológico, es el segundo marido de mi Nini.

Me parezco a mi madre, al menos en el tamaño y el color. No era una princesa de Laponia, como yo creía antes de tener uso de razón, sino una asistente de vuelo danesa de quien mi padre, piloto comercial, se enamoró en el aire. Él era demasiado joven y pobre para casarse, pero se le puso entre ceja y ceja que ésa era la mujer de su vida y la persiguió tozudamente hasta que ella cedió por cansancio. O tal vez cedió porque estaba embarazada. El hecho es que se casaron y se arrepintieron en menos de una semana, pero permanecieron juntos hasta que yo nací. Días después de mi nacimiento, mientras su marido andaba volando, mi madre empacó sus maletas, me envolvió en una mantita y fue en un taxi a visitar a sus suegros. Mi Nini andaba en San Francisco protestando contra la guerra del Golfo Pérsico, pero mi Popo estaba en casa y recibió el bulto que ella le pasó, sin darle muchas explicaciones, antes de correr al taxi que la estaba esperando. La nieta era tan liviana que cabía en una sola mano del abuelo. Poco después la danesa mandó por correo los documentos del divorcio y de ñapa la renuncia a la custodia de su hija. Mi madre se llama Marta Otter y la conocí en el verano de mis ocho años, cuando mis abuelos me llevaron a Dinamarca.

Estoy en Chile, el país de mi abuela Nidia Vidal, donde el océano se come la tierra a mordiscos y el continente sudamericano se desgrana en islas. Para mayor precisión, estoy en Chiloé, parte de la Región de los Lagos, entre el paralelo 41 y 43, latitud sur, un archipiélago de más o menos nueve mil kilómetros cuadrados de superficie y unos doscientos mil habitantes, todos más cortos de estatura que yo. En mapudungun, la lengua de los indígenas de la región, Chiloé significa tierra de cáhuiles, unas gaviotas chillonas de cabeza negra, pero debiera llamarse tierra de madera y papas. Además de la Isla Grande, donde se encuentran las ciudades más pobladas, existen muchas islas pequeñas, varias deshabitadas. Algunas islas están agrupadas de a tres o cuatro y tan

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

próximas unas de otras, que en la marea baja se tocan, pero yo no tuve la buena suerte de ir a parar a una de ésas, vivo a cuarenta y cinco minutos en lancha a motor y con mar calmo del pueblo más cercano.

Mi viaje desde el norte de California hasta Chiloé comenzó en el noble Volkswagen amarillo de mi abuela, que ha sufrido diecisiete choques desde 1999, pero corre como un Ferrari. Salí en pleno invierno, uno de esos días de viento y lluvia en que la bahía de San Francisco pierde los colores y el paisaje parece dibujado a plumilla, blanco, negro, gris. Mi abuela manejaba en su estilo, a estertores, aferrada al volante como a un salvavidas, con los ojos puestos en mí, más que en el camino, ocupada en darme las últimas instrucciones. No me había explicado todavía adónde me iba a mandar exactamente; Chile, era todo lo que había dicho al trazar el plan para hacerme desaparecer. En el coche me reveló los pormenores y me entregó un librito turístico en edición barata.

-¿Chiloé? ¿Qué lugar es ése?– le pregunté.

-Ahí tienes toda la información necesaria – dijo, señalando el libro.

-Parece muy lejos...

-Mientras más lejos te vayas, mejor. En Chiloé cuento con un amigo, Manuel Arias, la única persona en este mundo, fuera de Mike O'Kelly, a quien me atrevería a pedirle que te esconda por uno o dos años.

-¡Uno o dos años! ¡Estás demente, Nini!

-Mira, chiquilla, hay momentos en que uno no tiene ningún control sobre su propia vida, las cosas pasan no más. Éste es uno esos momentos – me anunció con la nariz pegada al parabrisas, tratando de ubicarse, mientras dábamos vueltas de ciego en la maraña de autopistas.

Llegamos apuradas al aeropuerto, nos separamos sin aspavientos sentimentales y la última imagen que guardo de ella es el Volkswagen alejándose a estornudos en la lluvia.

Viajé varias horas hasta Dallas, estrujada entre la ventanilla y una gorda olorosa a maní tostado, y luego en otro avión diez horas a Santiago, despierta y con hambre, recordando, pensando y leyendo el libro de Chiloé, que exaltaba las virtudes del paisaje, las iglesias de madera y la vida rural. Quedé aterrada. Amaneció el 2 de enero de este

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

año 2009 con un cielo anaranjado sobre las montañas moradas de los Andes, definitivas, eternas, inmensas y la voz del piloto anunció el descenso. Pronto apareció un valle verde, hileras de árboles, potreros sembrados y a lo lejos Santiago, donde nacieron mi abuela y mi padre y donde hay un pedazo misterioso de la historia de mi familia.

Sé muy poco del pasado de mi abuela, que ella ha mencionado rara vez, como si su vida hubiese comenzado cuando conoció a mi Popo. En 1974, en Chile, murió su primer marido, Felipe Vidal, unos meses después del golpe militar que derrocó al gobierno socialista de Salvador Allende e instauró una dictadura en el país. Al encontrarse viuda, ella decidió que no quería vivir en un régimen de opresión y emigró a Canadá con su hijo Andrés, mi papá. Éste no ha podido agregar mucho al relato, porque recuerda poco de su infancia, pero todavía venera a su padre, de quien sólo han perdurado tres fotografías. "No vamos a volver ¿verdad?" comentó Andrés en el avión que los conducía a Canadá. No era una pregunta, sino una acusación. Tenía nueve años, había madurado de sopetón en los últimos meses y quería explicaciones, porque se daba cuenta de que su madre intentaba protegerlo con verdades a medias y mentiras. Había aceptado con entereza la noticia del súbito ataque al corazón de su padre y la noticia de que éste había sido enterrado sin que él hubiera podido ver el cuerpo y despedirse. Poco después se encontró en un avión rumbo a Canadá. "Claro que volveremos, Andrés," le aseguró su madre, pero él no le creyó.

En Toronto fueron acogidos por voluntarios del Comité de Refugiados, les facilitaron ropa adecuada y los instalaron en un apartamento amueblado, con las camas hechas y la nevera llena. Los tres primeros días, mientras duraron las provisiones, madre e hijo se quedaron encerrados, tiritando de soledad, pero al cuarto recibieron la visita de una visitadora social que hablaba buen español y los informó de los beneficios y derechos de todo habitante del Canadá. Antes que nada recibieron clases intensivas de inglés y el niño fue inscrito en la escuela correspondiente, luego Nidia consiguió un puesto de chofer para evitarse la humillación de recibir limosna del Estado sin trabajar. Era el empleo menos apropiado para mi Nini, que si hoy maneja pésimo, entonces era peor.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

El breve otoño canadiense dio paso a un invierno polar, estupendo para Andrés, ahora llamado Andy, quien descubrió la dicha de patinar en el hielo y esquiar, pero insoportable para Nidia, quien no logró entrar en calor ni superar la tristeza de haber perdido a su marido y a su país. Su ánimo no mejoró con la llegada de una vacilante primavera ni con las flores, que surgieron como un espejismo en una sola noche donde antes había nieve dura. Se sentía sin raíces y mantenía su maleta preparada, esperando la oportunidad de volver a Chile apenas terminara la dictadura, sin imaginar que ésta iba a durar dieciséis años.

Nidia Vidal permaneció en Toronto un par de años, contando los días y las horas, hasta que conoció a Paul Ditson II, mi Popo, un profesor de la Universidad de California en Berkeley, que había ido a Toronto a dar una serie de conferencias sobre un escurridizo planeta, cuya existencia él intentaba probar mediante cálculos poéticos y saltos de imaginación. Mi Popo era uno de los pocos astrónomos afro-americanos en una profesión de abrumadora mayoría blanca, una eminencia en su campo y autor de varios libros. De joven había pasado un año en el Lago Turkana, en Kenya, estudiando los antiguos megalitos de la región y desarrolló la teoría, basada en descubrimientos arqueológicos, de que esas columnas de basalto fueron observatorios astronómicos y se usaron trescientos años antes de la era cristiana para determinar el calendario lunar Borana, todavía en uso por los pastores de Etiopía y Kenya. En África aprendió a observar el cielo sin prejuicios y así comenzaron sus sospechas sobre la existencia del planeta invisible, que después buscó inútilmente en el cielo con los telescopios más poderosos.

La Universidad de Toronto lo instaló en una suite para académicos visitantes y le contrató un coche a través de una agencia, así fue como a Nidia Vidal le tocó escoltarlo durante su estadía. Al saber que su chofer era chilena, él le contó que había estado en en el observatorio de La Silla, en Chile, y que en el hemisferio sur se ven constelaciones desconocidas en el norte, como las galaxias Nube Chica de Magallanes y Nube Grande de Magallanes, y que en algunas partes las noches son tan impolutas y el clima tan seco, que resultan ideales para escudriñar el firmamento. Así se descubrió que las galaxias se agrupan en diseños

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

parecidos a telarañas. Por una de esas casualidades novelescas, él terminó su visita a Chile el mismo día de 1974 en que ella salió con su hijo a Canadá. Se me ocurre que tal vez estuvieron juntos en el aeropuerto esperando sus respectivos vuelos, sin conocerse, pero según ellos eso sería imposible, porque él se habría fijado en aquella bella mujer y ella también lo habría visto, porque un negro llamaba la atención en el Chile de entonces, especialmente uno tan alto y apuesto como mi Popo.

A Nidia le bastó una mañana manejando en Toronto con su pasajero atrás para comprender que éste poseía la rara combinación de una mente brillante y la fantasía de un soñador, pero carecía por completo del sentido común del cual ella se jactaba. Mi Nini nunca pudo explicarme cómo llegó a esa conclusión desde el volante del automóvil y en pleno tráfico, pero el hecho es que acertó plenamente. El astrónomo vivía tan perdido como el planeta que buscaba en el cielo; podía calcular en menos de un pestañeo cuánto demora en llegar a la luna una nave espacial viajando a 17.580 millas por hora, pero se quedaba perplejo ante una cafetera eléctrica. Ella no había sentido el difuso aleteo del amor desde hacía años y ese hombre, muy diferente a los demás que había conocido en sus treinta y tres años, la intrigaba y atraía.

Mi Popo, bastante asustado con la audacia para conducir de su chofer, también sentía curiosidad por la mujer que se ocultaba en un uniforme demasiado grande y un gorro de cazador de osos. No era hombre de ceder fácilmente a impulsos sentimentales y si acaso se le cruzó por la mente la idea de seducirla, la descartó de inmediato por engorrosa. En cambio mi Nini, que no tenía nada que perder, decidió salirle al paso al astrónomo antes de que terminaran sus conferencias. Le gustaba su notable color caoba -quería verlo entero- y presentía que ambos tenían mucho en común, él la astronomía y ella la astrología, que a su parecer era casi lo mismo. Pensó que ambos habían venido de lejos para encontrarse en ese punto del globo y de sus destinos, porque así estaba escrito en las estrellas. Ya entonces mi Nini vivía pendiente del horóscopo, pero no dejó todo al azar. Antes de tomar la iniciativa de atacarlo por sorpresa averiguó que era soltero, de buena situación económica, sano y sólo once años mayor que ella, aunque a primera vista ella podría parecer su hija, si hubieran sido de la misma raza. Años después mi Popo contaría, riéndose, que si ella no lo hubiera noqueado en el primer round, él todavía andaría enamorado de las estrellas.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Al segundo día el profesor se sentó en el asiento delantero para ver mejor a su chofer y ella dio varias vueltas innecesarias por la ciudad para darle tiempo de hacerlo. Esa misma noche, después de servirle la comida a su hijo y dejarlo acostado, Nidia se quitó el uniforme, se dio una ducha, se pintó los labios y se presentó ante su presa con el pretexto de devolverle una carpeta que se le había quedado en el coche e igualmente podría haberle entregado a la mañana siguiente. Nunca había tomado una decisión amorosa tan atrevida. Llegó al edificio desafiando una ventisca helada, subió a la suite, se persignó para darse ánimo y tocó a la puerta. Eran las once y media cuando se introdujo definitivamente en la vida de Paul Ditson II.

Mi Nini había vivido como una reclusa en Toronto. En las noches añoraba el peso de una mano masculina en su cintura, pero debía sobrevivir y criar a su hijo en un país donde siempre sería extranjera, no había tiempo para sueños románticos. El valor convocado aquella noche para llegar hasta la puerta del astrónomo se esfumó apenas él le abrió en pijama y con aspecto de haber estado durmiendo. Se miraron durante medio minuto, sin saber qué decirse, porque él no la esperaba y ella carecía de un plan, hasta que él la invitó a entrar, sorprendido de cuán distinta se veía sin el gorro del uniforme. Admiró su pelo oscuro, su rostro de facciones irregulares y su sonrisa un poco torcida, que antes sólo había visto a hurtadillas. A ella le sorprendió la diferencia de tamaño entre ambos, menos notable dentro del coche: en la punta de los pies alcanzaría a oler el esternón del gigante. Enseguida percibió el desorden de cataclismo en el reducido apartamento y concluyó que ese hombre la necesitaba en serio.

Paul Ditson II había pasado la mayor parte de su existencia estudiando el misterioso comportamiento de los cuerpos astrales, pero sabía muy poco de cuerpos femeninos y nada de los caprichos del amor. Nunca se había enamorado y su más reciente relación era una colega de la Facultad con quien se juntaba dos veces al mes, una judía atractiva y en buena forma para sus años, quien siempre insistía en pagar la mitad de la cuenta del restaurante. Mi Nini sólo había querido a dos hombres, su marido y un amante al que se había arrancado de la cabeza y del corazón hacía diez años. Su marido fue un compañero atolondrado, absorto en su trabajo y la acción política, que viajaba sin cesar y andaba

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

demasiado distraído como para fijarse en las necesidades de ella, y el otro fue una relación truncada. Nidia Vidal y Paul Ditson II estaban listos para el amor que los uniría hasta la muerte.

Escuché muchas veces el relato, posiblemente novelado, del amor de mis abuelos y llegué a memorizarlo palabra a palabra, como un poema. No conozco, por supuesto, los pormenores de lo ocurrido aquella noche a puerta cerrada, pero puedo imaginarlos basándome en el conocimiento que tengo de ambos. ¿Sospecharía mi Popo, al abrirle la puerta a esa chilena, que se encontraba en una encrucijada trascendental y que el camino que escogiera determinaría su futuro? No, seguramente, esa cursilería no se le habría ocurrido. ¿Y mi Nini? La veo avanzando como sonámbula entre la ropa tirada en el suelo y los ceniceros llenos de colillas, cruzar el saloncito, entrar al dormitorio y sentarse en la cama, porque el sillón y las sillas estaban ocupadas con papeles y libros. Él se arrodillaría a su lado para abrazarla y así estarían un buen rato, procurando acomodarse a esa súbita intimidad. Tal vez ella empezó a ahogarse con la calefacción y él la ayudó a desprenderse del abrigo y las botas, entonces se acariciaron titubeantes, reconociéndose, tanteando el alma para asegurarse de que no estaban equivocados. "Hueles a tabaco y postre. Y eres liso y negro como una foca," comentaría mi Nini. Muchas veces le escuché esa frase.

La última parte de la leyenda no necesito inventarla, porque me la contaron. En ese primer abrazo, mi Nini concluyó que había conocido al astrónomo en otras vidas y en otros tiempos, ése era sólo un reencuentro, y que sus signos astrales y sus arcanos del Tarot se complementaban. "Menos mal eres hombre, Paul. Imagínate si en esta encarnación te hubiera tocado ser mi madre…" suspiró, sentada en sus rodillas. "Como no soy tu madre ¿qué te parece que nos casemos?" le contestó él.

Dos semanas más tarde ella llegó a California arrastrando a su hijo, que no deseaba emigrar por segunda vez, y provista de una visa de novia por tres meses, al cabo de los cuales debía casarse o salir del país. Se casaron.

Pasé mi primer día en Chile dando vueltas por Santiago con un mapa, en un calor pesado y seco, haciendo hora para tomar un bus al

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

sur. Es una ciudad moderna, sin nada exótico o pintoresco, no hay indios en ropa típica ni barrios coloniales en colores atrevidos, como había visto con mis abuelos en Guatemala o México. Ascendí en un funicular a la punta de un cerro, paseo obligado de los turistas, y pude darme una idea del tamaño de la capital, que parece no terminar nunca, y de la polución que la cubre como una bruma polvorienta. Al atardecer me embarqué en un autobús color albaricoque rumbo al sur, a Chiloé.

Traté en vano de dormir, mecida por el movimiento, el ronroneo del motor y los ronquidos de otros pasajeros, pero para mí nunca ha sido fácil dormir y menos ahora, que todavía tengo residuos de la mala vida en las venas. Al amanecer nos detuvimos para ir al baño y tomar café en una posada, en medio de un paisaje pastoral de lomas verdes y vacas, y luego seguimos varias horas más hasta un embarcadero elemental, donde pudimos desentumecer los huesos y comprar empanadas de queso y mariscos a una mujeres vestidas con batas blancas de enfermeras. El bus subió a un trasbordador para cruzar el Canal de Chacao, media hora navegando silenciosamente en un mar luminoso. Me bajé del autobús para asomarme por la borda con el resto de los tullidos pasajeros que, como yo, llevaban muchas horas presos en sus asientos. Desafiando el viento cortante, admiramos las bandadas de golondrinas, como pañuelos en el cielo, y las toninas, unos delfines de panza blanca que acompañaban a la embarcación danzando.

El autobús me dejó en Ancud, en la Isla Grande, la segunda ciudad en importancia del archipiélago, y allí debía tomar otro para ir al pueblo donde me esperaba Manuel Arias, pero descubrí que me faltaba la billetera. Mi Nini me había prevenido contra los rateros chilenos y su habilidad de ilusionistas: te roban el alma amablemente. Por suerte me dejaron la foto de mi Popo y mi pasaporte, que llevaba en otro bolsillo de la mochila. Estaba sola, sin un centavo, en un país desconocido, pero si algo me enseñaron mis infaustas aventuras del año pasado es no dejarme apabullar por inconvenientes menores.

En una de las pequeñas tiendas de artesanía de la plaza, donde vendían tejidos chilotes, había tres mujeres sentadas en círculo, conversando y tejiendo, y supuse que si eran como mi Nini, me ayudarían; las chilenas saltan al rescate de cualquiera en apuros, especialmente si es forastero. Les expliqué mi problema en mi vacilante castellano y de inmediato soltaron sus palillos y me ofrecieron una silla y una gaseosa de naranja, mientras discutían mi caso, quitándose las palabras unas a otras para opinar. Hicieron varias llamadas por un

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

celular y me consiguieron transporte con un primo que viajaba en mi dirección, podía llevarme dentro de un par de horas y no tenía inconveniente en desviarse un poco para dejarme en mi destino.

Aproveché el tiempo de espera para visitar el pueblo y un museo de las iglesias de Chiloé, diseñadas por misioneros jesuitas hace trescientos años y levantadas tabla a tabla por los chilotes, que son maestros de la madera y constructores de embarcaciones. Las estructuras se sostienen mediante ingeniosos ensamblajes, sin un solo clavo, y los techos abovedados son botes invertidos. A la salida del museo me encontré con el perro. Era de mediano tamaño, cojo, de pelos tiesos grisáceos y cola lamentable, pero con la actitud digna de un animal de pedigrí. Le ofrecí la empanada que tenía en la mochila, la cogió con delicadeza entre sus grandes dientes amarillos, la puso en el suelo y me miró, diciendo a las claras que su hambre no era de pan, sino de compañía. Mi madrastra, Susan, era entrenadora de perros y me enseñó a no tocar un animal antes de que se aproxime, señal de que se siente seguro, pero con éste nos saltamos el protocolo y desde el comienzo nos llevamos bien. Juntos hicimos turismo y a la hora acordada volví donde las tejedoras. El perro se quedó afuera de la tienda, con una sola pata en el umbral, educadamente.

El primo tardó en aparecer una hora más de lo anunciado y llegó en un furgón repleto hasta el techo, acompañado por su mujer y un niño de pecho. Le agradecí a mis benefactoras, que además me habían prestado el celular para ponerme en contacto con Manuel Arias, y me despedí del perro, pero él tenía otros planes, se sentó a mis pies barriendo el suelo con la cola y sonriendo como hiena; me había hecho el favor de distinguirme con su atención y ahora yo era su afortunado humano. Cambié de táctica. *"Shoo! Shoo! Fucking dog*" le grité en inglés. No se movió, mientras el primo observaba la escena con lástima. "No se preocupe, señorita, podemos llevar a su Fákin," dijo al fin. Y de ese modo aquel animal ceniciento adquirió su nuevo nombre, tal vez en su vida anterior se llamaba Príncipe. A duras penas cupimos en el atiborrado vehículo y una hora más tarde llegamos al pueblo donde debía encontrarme con el amigo de mi abuela, con quien nos habíamos dado cita en la iglesia, frente al mar.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

El pueblo, fundado por los españoles en l567, es de los más antiguos del archipiélago y cuenta con dos mil habitantes, pero no sé dónde estaban, porque se veían más gallinas y ovejas que humanos. Esperé a Manuel un rato largo, sentada en las gradas de una iglesia pintada de blanco y azul, en compañía del Fákin y observada desde cierta distancia por cuatro chiquillos silenciosos y serios. De él sólo sabía que fue amigo de mi abuela y no se habían visto desde la década de los setenta, pero se habían mantenido en contacto esporádico, primero por carta, como se usaba en la pre-historia, y luego por correo electrónico.

Manuel Arias apareció finalmente y me reconoció por la descripción que mi Nini le había dado por teléfono. ¿Qué le diría? Que soy un obelisco de pelos pintados en cuatro colores primarios y con una argolla en la nariz. Me tendió la mano y me recorrió de una rápida mirada, evaluando los rastros de barniz azul en mis uñas mordidas, los vaqueros roñosos y las botas de comandante pintadas con spray rosado, que conseguí en una tienda del Ejército de Salvación cuando era mendiga.

-Soy Manuel Arias, – se presentó el hombre, en inglés.

-Hola. Me persiguen el FBI, la Interpol y una mafia criminal de Las Vegas – le anuncié a boca de jarro, para evitar malentendidos.

-Enhorabuena – dijo.

-No he matado a nadie y, francamente, no creo que se den la molestia de venir a buscarme al culo del mundo.

-Gracias.

-Perdona, no quise insultar a tu país, hombre. En realidad esto es bien bonito, mucho verde y mucha agua, ¡pero hay que ver lo lejos que está!

-¿De qué?

-De California, de la civilización, del resto mundo. Mi Nini no me dijo que haría frío.

-Es verano – me informó.

-¡Verano en enero, dónde se ha visto!

-En el hemisferio sur – replicó secamente.

Mala cosa, pensé, este sujeto carece de sentido del humor. Me invito a tomar té, mientras esperábamos a un camión que le traía un refrigerador y debía haber llegado tres horas antes. Entramos a una casa marcada por un trapo blanco enarbolado en un palo, como una bandera de rendición, señal de que allí se vendía pan fresco. Había cuatro mesas

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

rústicas con manteles de hule y sillas de varias clases, un mostrador y una estufa, donde hervía una tetera negra de hollín. Una mujer gruesa, de risa contagiosa, saludó a Manuel Arias con un beso en la mejilla y a mí me observó un poco desconcertada antes de decidirse a besarme también.

-¿Americana?- le preguntó a Manuel.

-¿No se nota? – dijo él.

-¿Y qué le pasó en la cabeza? – agregó ella, señalando mi pelo teñido.

-Nací así – le informé, picada.

-¡La gringuita habla cristiano! – exclamó ella, encantada. – Siéntense no más, al tiro les traigo tecito.

Me tomó de un brazo y me sentó con determinación en una de las sillas, mientras Manuel me explicaba que en Chile *gringo* es cualquiera persona rubia angloparlante y que cuando se usa en diminutivo -*gringuito* o *gringuita*– es un término afectuoso.

La posadera nos trajo té en bolsas y una pirámide de fragante pan amasado recién salido del horno, mantequilla y miel, luego se instaló con nosotros a vigilar que comiéramos como es debido. Pronto oímos los estornudos del camión, que avanzaba a tropezones por la calle sin pavimentar y salpicada de agujeros, balanceando un refrigerador atrás. La mujer se asomó a la puerta, lanzó un chiflido y rápidamente se reunieron varios jóvenes para ayudar a bajar el aparato, llevarlo en vilo hasta la playa y subirlo al bote a motor de Manuel por una pasarela de tablones.

La embarcación era de unos ocho metros de largo, de fibra de vidrio, pintada de blanco, azul y rojo, los colores de la bandera chilena que flameaba en la proa, casi igual a la de Texas. Al costado tenía su nombre: Cahuilla. Amarraron lo mejor posible el refrigerador en posición vertical y me ayudaron a subir. El perro me siguió con su trotecito patético; tiene una pata medio encogida y camina de lado.

-¿Y éste? – me preguntó Manuel.

-No es mío, se me pegó a los talones en Ancud. Me han dicho que los perros chilenos son muy inteligentes y éste es de buena raza.

- Debe ser pastor alemán con fox terrier. Tiene cuerpo de perro grande y patas de perro chico –opinó Manuel.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

-Después que lo bañe, vas a ver que es fino.

-¿Cómo se llama? – me preguntó.

-*Fucking dog* en chileno.

-¿Cómo?

-Fákin.

-Espero que tu Fákin se lleve bien con mis gatos. Tendrás que amarrarlo de noche, para que no salga a matar ovejas – me advirtió.

-No será necesario, va a dormir conmigo.

El Fákin se aplastó al fondo del bote, con la nariz entre las patas delanteras, y allí se mantuvo inmóvil, sin despegarme los ojos. No es cariñoso, pero nos entendemos en el lenguaje de la flora y la fauna: esperanto telepático.

Del horizonte venía rodando una avalancha de nubarrones y corría una brisa helada, pero el mar estaba tranquilo. Manuel me prestó un poncho de lana y ya no me habló más, concentrado en el timón y sus aparatos, compás, GPS, radio de onda marina y quién sabe qué más, mientras yo lo estudiaba de reojo. Mi Nini me había contado que era sociólogo, o algo por el estilo, pero en su botecito podría pasar por marinero, mediana estatura, delgado, fuerte, fibra y músculo, curtido por el viento salado, con arrugas de carácter, pelo tieso y corto, ojos del mismo gris del pelo. No sé calcular la edad de la gente vieja; éste se ve bien de lejos, porque todavía camina rápido y no le ha salido esa joroba de los ancianos, pero de cerca se nota que es mayor que mi Nini, digamos unos setenta y tantos años. Yo he caído como una bomba en su vida. Tendré que andar pisando huevos, para que no se arrepienta de haberme dado hospedaje.

Al cabo de casi una hora de navegación, pasando cerca de varias islas deshabitadas en apariencia, aunque no lo están, Manuel Arias me señaló un promontorio que desde la distancia era apenas un brochazo oscuro y de cerca resultó ser un cerro bordeado por una playa de arena negrusca y rocas, donde se secaban cuatro botes de madera volteados panza arriba. Atracó la Cahuilla a un embarcadero flotante y les tiró unas gruesas cuerdas a varios niños, que habían acudido corriendo y amarraron hábilmente la lancha a unos postes. “Bienvenida a nuestra metrópoli,” dijo Manuel señalando una aldea de casas de madera sobre

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

pilotes frente a la playa. Me sacudió un escalofrío, porque ése sería ahora todo mi mundo.

Un grupo descendió a la playa a inspeccionarme. Manuel les había anunciado que una americana venía a ayudarlo en su trabajo de investigación y si esa gente esperaba a alguien respetable, se llevó un chasco, porque la camiseta con el retrato de Obama, que me regaló mi Nini en Navidad, no alcanzaba a taparme el ombligo. Bajar el refrigerador sin inclinarlo fue tarea de varios voluntarios, que se daban ánimo a risotadas, apurados porque empezaba a oscurecer. Subimos al pueblo en procesión, adelante el refrigerador, después Manuel y yo, más atrás una docena de chiquillos gritones y en la retaguardia una leva de perros variopintos ladrándole furiosos al Fákin, pero sin acercarse demasiado, porque su actitud de supremo desprecio indicaba a las claras que el primero que lo hiciera sufriría las consecuencias. Parece que el Fákin es difícil de intimidar y no permite que le huelan el trasero. Pasamos frente a un cementerio, donde pastaban unas cabras con las ubres hinchadas, entre flores de plástico y casitas de muñeca marcando las tumbas, algunas con muebles para uso de los muertos.

En el pueblo, los palafitos se conectaban con puentes de madera y en la calle principal, por llamarla de algún modo, vi burros, bicicletas, un jeep con el emblema de fusiles cruzados de los carabineros, la policía chilena, y tres o cuatro coches viejos, que en California serían de colección si estuviesen menos aporreados. Manuel me explicó que debido al terreno irregular y al barro inevitable del invierno, el transporte pesado se hace en carretas con bueyes, el liviano con mulas y la gente se moviliza a caballo y a pie. Unos letreros despintados identificaban tiendas modestas, un par de almacenes, la farmacia, varias tabernas, dos restaurantes, que consistían en un par de mesas metálicas frente a sendas pescaderías, y un local de Internet, donde vendían pilas, gaseosas, revistas, y cachivaches para los visitantes, que llegan una vez por semana, acarreados por agencias de eco-turismo, a degustar el mejor *curanto* de Chiloé. El *curanto* lo describiré más adelante, porque todavía no lo he probado.

Algunas personas salieron a observarme con cautela, en silencio, hasta que un hombre chato y macizo como un armario se decidió a saludarme. Se limpió la mano en el pantalón antes de tendérmela, sonriendo con dientes orillados en oro. Era Aurelio Ñancupel, descendiente de un célebre pirata y el personaje más valioso de la isla, porque vende alcohol a crédito, arranca muelas y tiene un televisor

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

pantalla plana, que sus parroquianos disfrutan cuando hay electricidad. Su local tiene el nombre muy apropiado de La Taberna del Muertito, por su ventajosa ubicación cerca del cementerio, es la estación obligada de los deudos para aliviar la pena del funeral.

Ñancupel se hizo mormón con la idea de disponer de varias esposas y descubrió demasiado tarde que éstos renunciaron a la poligamia a partir de una nueva revelación profética, más de acuerdo con la Constitución americana. Así me lo describió Manuel Arias, mientras el aludido se doblaba de risa, coreado por los mirones. Manuel también me presentó a otras personas, cuyos nombres fui incapaz de retener, que me parecieron viejos para ser los padres de aquella leva de niños; ahora sé que son los abuelos, la generación intermedia trabaja lejos de la isla.

En eso avanzó por la calle con aire de mando una mujer cincuentona, robusta, hermosa, con el pelo de ese color beige de las rubias canosas, atado en un moño desordenado en la nuca. Era Blanca Schnake, directora de la escuela, a quien la gente, por respeto, llama tía Blanca. Besó a Manuel en la cara, como se usa aquí, y me dio la bienvenida oficial en nombre de la comunidad, eso disolvió la tensión en el ambiente y estrechó el círculo de curiosos a mi alrededor. La tía Blanca me invitó a visitar la escuela al día siguiente y puso a mi diposición la biblioteca, dos computadores y videojuegos, que puedo usar hasta marzo, cuando los niños se reintegrarán a clases y entonces habrá limitaciones de horario. Agregó que los sábados pasan en la escuela las mismas películas que en Santiago, pero gratis. Me bombardeó a preguntas y le resumí, en mi español de principiante, mi viaje de dos días desde California y el robo de mi billetera, que provocó un coro de carcajadas de los niños, pero fue rápidamente acallado por la mirada gélida de la tía Blanca. "Mañana les voy a preparar unas machas a la parmesana, para que la gringuita vaya conociendo la comida chilota. Los espero como a las nueve," le anunció a Manuel. Después me enteré que lo correcto es llegar con una hora de atraso. Aquí se come muy tarde.

Terminamos el breve recorrido del pueblo, trepamos a una carreta tirada por dos mulas, donde ya habían colocado el refrigerador, y nos fuimos a vuelta de la rueda por un sendero de tierra apenas visible en el pasto, seguidos por el Fákin.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Manuel Arias vive a una milla – digamos kilómetros y medio - del pueblo, frente al mar, pero no hay acceso a la propiedad con la lancha debido a las rocas. Su casa es un buen ejemplo de arquitectura de la zona, me dijo, con una nota de orgullo en el tono. A mí me pareció similar a otras del pueblo, también descansa en pilares y es de madera, pero me explicó que la diferencia está en los pilares y vigas tallados con hacha, las tejuelas "de cabeza circular", muy apreciadas por su valor decorativo, y la madera de ciprés de las Gualtecas, antes abundante en la región y ahora muy escaso. Los cipreses de Chiloé pueden vivir más de tres mil años, son los árboles más longevos del mundo, después de los baobabs de Africa y las secoyas de California.

La casa consiste de una sala común de doble altura, donde transcurre la vida en torno a una estufa a leña, negra e imponente, que sirve para calentar el ambiente y cocinar. Tiene dos dormitorios, uno de tamaño mediano, que ocupa Manuel, y otro más pequeño, el mío, y un baño con lavatorio y ducha. No hay una sola puerta interior, pero el excusado cuenta de una frazada de lana a rayas colgada en el umbral, para privacidad. En la parte de la sala común destinada a cocina hay un mesón, un armario y un cajón con tapa para almacenar papas, que en Chiloé se usan en cada comida, y del techo cuelgan manojos de hierbas, trenzas de ají y de ajos, longanizas secas y pesadas ollas de hierro, adecuadas para el fuego a leña. Al ático, donde Manuel tiene la mayor parte de sus libros y archivos, se accede mediante una escalera de mano. No se ven cuadros, fotografías ni adornos en las paredes, nada personal, sólo mapas del archipiélago y un hermoso reloj de buque con marco de caoba y tuercas de bronce, que parece rescatado del Titanic. Afuera Manuel improvisó un primitivo jacuzzi con un gran tonel de madera. Las herramientas, la leña, el carbón y los tambores de gasolina para la lancha y el generador, se guardan en el galpón del patio.

Mi cuarto es simple como el resto de la casa, consiste en una cama angosta cubierta con una manta similar a la cortina del excusado, una silla, una cómoda de tres cajones y varios clavos para colgar ropa, suficiente para mis posesiones, que caben holgadamente en mi mochila. Me gusta este ambiente austero y masculino, lo único desconcertante es el orden maniático de Manuel Arias; yo soy más relajada.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Los hombres colocaron el refrigerador en el sitio correspondiente, lo conectaron al gas y luego se instalaron a compartir un par de botellas de vino y un salmón, que Manuel había ahumado la semana anterior en un tambor metálico con leña de manzano. Mirando el mar por la ventana, bebieron y comieron mudos, las únicas palabras pronunciadas fueron para una serie de elaborados y ceremoniosos brindis: "¡Salud!" "Que en salud se le convierta." "Con las mismas finezas pago." "Que viva usted muchos años." "Que asista usted a mi sepelio." Manuel me daba miradas de reojo, incómodo, hasta que lo llamé aparte para decirle que se tranquilice, no pienso abalanzarme sobre las botellas. Seguramente mi abuela lo puso sobre aviso y él planeaba esconder el licor, pero eso sería absurdo, el problema no es el alcohol, sino yo.

Entretanto el Fákin y los gatos se midieron con prudencia, repartiéndose el territorio. El atigrado se llama el Gato-Leso, porque el pobre animal es tonto, y el color zanahoria es el Gato-Literato, porque su sitio favorito es encima del computador; Manuel sostiene que sabe leer.

Los hombres terminaron el salmón y el vino, se despidieron y se fueron. Me llamó la atención que Manuel no hiciera amago de pagarles, como tampoco lo hizo con los otros que lo habían ayudado antes a transportar el refrigerador, pero habría sido imprudente de mi parte preguntarle al respecto.

Examiné la oficina de Manuel, compuesta de dos escritorios, un mueble de archivo, estanterías de libros, una computadora moderna de pantalla doble, fax e impresora. Había Internet, pero él me recordó –como si yo pudiera olvidarlo- que estoy incomunicada. Agregó, a la defensiva, que tiene todo su trabajo en esa computadora y prefiere que nadie se lo toque.

-¿En qué trabajas? – le pregunté.

-Soy antropólogo.

-¿Antropófago?

- Estudio a la gente, no me la como – me explicó.

-Era broma, hombre. Los antropólogos ya no tienen materia prima, hasta el último salvaje de este mundo cuenta con su celular y un televisor.

-No me especializo en salvajes. Estoy escribiendo un libro sobre la mitología de Chiloé.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

-¿Te pagan por eso?

-Casi nada – me informó.

-Se nota que eres pobre.

-Sí, pero vivo barato.

- No quisiera ser una carga para ti – le dije.

-Vas a trabajar para cubrir tus gastos, Maya, eso acordamos con tu abuela. Puedes ayudarme con el libro y en marzo puedes trabajar con Blanca en la escuela.

-Te advierto que soy muy ignorante, no sé nada de nada.

-¿Qué sabes hacer?

-Galletas y pan, nadar, jugar fútbol y escribir poemas de samuráis. ¡Tendrías que ver mi vocabulario! Soy un verdadero diccionario, pero en inglés. No creo que eso te sirva.

-Veremos. Lo de las galletas tiene futuro – y me pareció que disimulaba una sonrisa.

-¿Has escrito otros libros? – le pregunté bostezando; el cansancio del largo viaje y las cinco horas de diferencia en el horario entre California y Chile me pesaban como un saco de piedras.

-Nada que me pueda hacer famoso – dijo, señalando varios libros sobre su mesa: mundo onírico de los aborígenes australianos, ritos de iniciación en las tribus del Orinoco, cosmogonía mapuche del sur de Chile.

-Según mi Nini, Chiloé es mágico - le comenté.

-El mundo entero es mágico, Maya – me contestó.

Manuel Arias me aseguró que el alma de su casa es muy antigua. Mi Nini también cree que las casas tienen recuerdos y sentimientos, ella puede captar las vibraciones, sabe si el aire de un lugar está cargado de mala energía, porque allí han sucedido desgracias, o si la energía es positiva. Su caserón de Berkeley tiene alma buena. Cuando lo recuperemos habrá que arreglarlo –se está cayendo de viejo– y entonces pienso vivir en él hasta que me muera. Me crié allí, en la cumbre de un cerro, con una vista de la bahía de San Francisco que sería impresionante si no la taparan dos frondosos pinos. Mi Popo nunca permitió que los cortaran, decía que los árboles sufren cuando los mutilan y también sufre la vegetación en mil metros a la redonda,

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

porque todo está conectado en el subsuelo; sería un crimen matar dos pinos para ver un charco de agua que igualmente puede apreciarse desde la autopista.

La casa fue comprada por el primer Paul Ditson en l948, el mismo año en que se abolió la restricción racial para adquirir propiedades en Berkeley. Los Ditson fueron la primera familia de color en el barrio y la única en veinte años, hasta que otras empezaron a llegar. Fue construida en l885 por un magnate de las naranjas, quien al morir donó su fortuna a la Universidad y dejó a su familia en la inopia, estuvo desocupada mucho tiempo y luego pasó de mano en mano, deteriorándose en cada transacción, hasta que la compraron los Ditson y pudieron repararla, porque era de firme esqueleto y buenos cimientos. Después de la muerte de sus padres, mi Popo compró la parte correspondiente a sus hermanos y se quedó solo en esa reliquia victoriana de seis dormitorios, coronada por un inexplicable campanario, donde instaló su telescopio.

Cuando llegaron Nidia y Andy Vidal, él ocupaba sólo dos piezas, la cocina y el baño, el resto se mantenía cerrado. Mi Nini irrumpió como un huracán de renovación, tirando cachivaches a la basura, limpiando y fumigando, pero su ferocidad para combatir el estropicio no pudo con el caos endémico de su marido. Después de muchas peleas transaron en que ella podía hacer lo que le diera la gana en la casa, siempre que respetara el escritorio y la torre de las estrellas.

Mi Nini se halló a su anchas en Berkeley, esa ciudad sucia, radical, extravagante, con su mezcla de razas y pelajes humanos, con más genios y premios Nóbel que cualquier otra en el mundo, saturada de causas nobles, intolerante en su santurronería. Mi Nini se transformó; antes era una joven viuda prudente y responsable, que procuraba pasar desapercibida, y en Berkeley emergió su verdadero carácter. Ya no tenía que vestirse de chofer, como en Toronto, ni sucumbir a la hipocresía social, como en Chile, nadie la conocía, podía reinventarse. Adoptó la estética de los hippies, que languidecían en la Av. Telegraph vendiendo sus artesanías entre sahumerios de incienso y marihuana. Se vistió con túnicas, sandalias y collares ordinarios de la India, pero estaba muy lejos de ser hippie, trabajaba, corría con una casa y una nieta, participaba en la comunidad y yo nunca la vi volada entonando cánticos en sánscrito.

Ante el escándalo de sus vecinos, casi todos colegas de su marido en la Universidad, con sus residencias oscuras, vagamente inglesas,

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

cubiertas de hiedra, mi Nini pintó el caserón de los Ditson en colores psicodélicos, inspirada en la calle Castro de San Francisco, donde los gays empezaban multiplicarse y a remodelar las casas antiguas. Sus paredes violeta y verde, sus frisos amarillos y sus guirnaldas de flores de yeso provocaron chismes y motivaron un par de citaciones de la municipalidad, hasta que la casa salió fotografiada en una revista de arquitectura, pasó a ser un hito turístico en la ciudad y pronto fue imitada por restaurantes pakistanos, tiendas juveniles y talleres de artistas.

Mi Nini también estampó su sello personal en la decoración interior. A los muebles ceremoniales, relojes de bulto y cuadros horrendos con marcos dorados, adquiridos por el primer Ditson, ella agregó su toque artístico: profusión de lámparas con flecos, alfombras despelucadas, divanes turcos y cortinas a crochet. Mi habitación, pintada color mango, tenía sobre la cama un baldaquín de tela de la India bordada de espejitos y un dragón alado colgando al centro, que podía matarme si me caía encima, y en las paredes ella había puesto fotografías de niños africanos desnutridos, para que yo viera cómo esas desdichadas criaturas se morían de hambre, mientras yo rechazaba mi comida. Según mi Popo, el dragón y los niños de Biafra eran la causa de mi insomnio y mi inapetencia.

Mis tripas están sufriendo el ataque frontal de las bacterias chilenas. Al segundo día en esta isla caí en cama doblada de dolor de estómago y todavía ando a tiritones, paso horas frente a la ventana con una bolsa de agua caliente en la barriga. Mi abuela diría que le estoy dando tiempo a mi alma de llegar a Chiloé. Cree que los viajes en jet no son convenientes, porque el alma viaja más despacio que el cuerpo, se queda rezaga y a veces se pierde por el camino, ésa sería la causa por la cual los pilotos, como mi papá, nunca están totalmente presentes, están esperando el alma, que anda en las nubes.

Aquí no se alquilan DVDs ni video-juegos y el único cine son las películas que pasan una vez por semana en la escuela, para entretenerme sólo dispongo de las febriles novelas de amor de Blanca Schnake y libros sobre Chiloé en español, muy útiles para aprender el idioma, pero me cuesta leerlos. Manuel me dio una linterna a pila, que se ajusta en la frente, como una lámpara de minero, así leemos cuando

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

cortan la luz. Puedo decir muy poco sobre Chiloé, porque apenas he salido de esta casa, pero podría llenar varias páginas sobre Manuel Arias, los gatos y el perro, que ahora son mi familia, la tía Blanca, quien aparece a cada rato con el pretexto de visitarme, aunque es obvio que viene por Manuel, y Juanito Corrales, un niño que también viene a diario a leer conmigo y jugar con el Fákin. El perro es muy selectivo en materia de relaciones, pero tolera al chico.

Ayer conocí a la abuela de Juanito. No la había visto antes, porque estaba en el hospital de Castro, la capital de Chiloé, con su marido, a quien le amputaron una pierna en diciembre y no ha sanado bien. Eduvigis Corrales es color terracota, de rostro alegre cruzado de arrugas, tronco ancho y piernas cortas, una chilota típica. Usa una delgada trenza enrollada en la cabeza y se viste como misionera, con falda gruesa y zapatones de leñador. Representa unos sesenta años, pero no tiene más de cuarenta y cinco; aquí la gente envejece rápido y vive largo. Llegó con una olla de hierro, pesada como un cañón, que puso a calentar en la cocina a leña, mientras me dirigía un discurso precipitado, algo así como que se presentaba con el debido respeto, era la Eduvigis Corrales, vecina del caballero y asistente del hogar; "¡Jué! ¡Qué niñona tan bonita esta gringuita! Que Juesú me la guarde! El caballero la estaba esperando, del mismo modo que todos en la isla, y ojalá le guste el pollito con papitas que le preparé." No era un dialecto de la zona, como pensé, sino español galopado. Deduje que Manuel Arias era el caballero, aunque Eduvigis hablaba de él en tercera persona, como si estuviera ausente.

A mí, en cambio, Eduvigis me trata con el mismo tono mandón de mi abuela. Esta buena mujer viene a limpiar, se lleva la ropa sucia y la devuelve lavada, parte leña con un hacha tan pesada, que yo no la podría levantar, cultiva su tierra, ordeña su vaca, esquila ovejas y sabe faenar cerdos, pero me aclaró que no sale a pescar ni a coger mariscos por la artritis. Dice que su marido no es de mala índole, como cree la gente del pueblo, pero la diabetes le descompuso el carácter y desde que perdió la pierna sólo desea morirse. De sus cinco hijos vivos, le queda uno solo en la casa, Azucena, de trece, y tiene a su nieto Juanito, de diez, que parece menor "porque nació espirituado", según me explicó. Eso de espirituado puede significar debilidad mental o que el afectado posee más espíritu que materia; en el caso de Juanito debe ser lo segundo, porque no tiene un pelo de tonto.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Eduvigis vive del producto de su campo, lo que le paga Manuel por sus servicios y la ayuda que le manda una hija, la madre de Juanito, quien está empleada en una salmonera al sur de la Isla Grande. En Chiloé el cultivo de salmón era el segundo del mundo, después de Noruega, y levantó la economía de la región, pero contaminó el fondo marino, arruinó a los pescadores artesanales y desmembró a las familias. Ahora la industria está acabada, me explicó Manuel, porque ponían demasiados peces en las jaulas y les dieron tantos antibióticos, que cuando los atacó un virus no pudieron salvarlos. Hay veinte mil desempleados de las salmoneras, la mayoría mujeres, pero la hija de Eduvigis todavía tiene trabajo.

Pronto nos sentamos a la mesa y apenas destapamos la olla y la fragancia del estofado me llegó a las narices, volví a encontrarme en la cocina de mi infancia, en la casa de mis abuelos, y se me aguaron los ojos de nostalgia. El guiso de pollo de Eduviugis fue mi primera comida sólida en varios días. Esta enfermedad ha sido bochornosa, es imposible disimular vómitos y cagatina en una casa sin puertas. Le pregunté a Manuel qué pasó con las puertas y me respondió que prefiere los espacios abiertos. Me enfermé con las machas a la parmesana y la tarta de murta de Blanca Schnake, estoy segura. Al principio, Manuel fingió que no oía los ruidos provenientes del excusado, pero pronto debió darse por aludido, porque me vio desfallecida. Lo escuché hablando por el celular con Blanca para pedirle instrucciones y enseguida procedió a preparar sopa de arroz, cambiarme las sábanas y traerme la bolsa de agua caliente. Me vigila con el rabillo del ojo sin decir palabra, pero está atento a mis necesidades. Al menor intento mío de darle las gracias reacciona con un gruñido. También llamó a Liliana Treviño, la enfermera de la localidad, una mujer joven, baja, compacta, con risa contagiosa y una indómita melena de pelo crespo, que me dio unas enormes pastillas de carbón, negras y ásperas, muy difíciles de tragar. En vista de que no tuvieron el menor efecto, Manuel consiguió el camioncito de la verdulería para llevarme al pueblo a ver un doctor.

Los jueves pasa por aquí la lancha del Servicio Nacional de Salud, que recorre las islas. El médico parecía un crío de catorce años, miope y lampiño, pero le bastó una mirada para diagnosticar mi condición: "Tiene chilenitis, el mal de los extranjeros que vienen a Chile. Nada grave," y me entregó unas píldoras en un cucurucho de papel. Eduvigis me preparó una infusión de hierbas, porque no confía en remedios de farmacia, dice que son un negociado de las corporaciones americanas.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

He tomado disciplinadamente la infusión, y con eso voy sanando. Me gusta Eduvigis Corrales, habla y habla como la tía Blanca; el resto de la gente por estos lados es taciturna.

A Juanito Corrales, quien mostró curiosidad por saber de mi familia, le conté que mi madre era una princesa de Laponia. Manuel estaba en su escritorio y no hizo comentarios, pero después que se fue el niño me aclaró que entre los sami, habitantes de Laponia, no hay realeza. Nos habíamos sentado a la mesa, él ante un lenguado con mantequilla y cilantro y yo ante un caldo traslúcido. Le explique que eso de la princesa de Laponia se le ocurrió a mi Nini en un instante de inspiración, cuando yo tenía unos cinco años y empezaba a darme cuenta del misterio en torno a mi madre. Recuerdo que estábamos en la cocina, la pieza más acogedora de la casa, horneando las galletas semanales para los delincuentes y adictos de Mike O'Kelly, el mejor amigo de mi Nini, quien se ha propuesto la tarea imposible de salvar a la juventud descarriada. Es un irlandés de verdad, nacido en Dublin, tan blanco, de pelo tan negro y ojos tan azules, que mi Popo lo apodó Blanca Nieves, por la pánfila ésa que comía manzanas envenenadas en la película de Walt Disney. No digo que O'Kelly sea pánfilo, muy por el contrario, se pasa listo: es el único capaz de dejar callada a mi Nini. La princesa de Laponia figuraba en uno de mis libros. Yo disponía de una biblioteca seria, porque mi Popo estimaba que la cultura entra por osmosis y más vale comenzar temprano, pero mis libros favoritos eran de hadas. Según mi Popo, los cuentos infantiles son racistas, cómo va a ser que no existan hadas en Botswana o Guatemala, pero no censuraba mi lectura, se limitaba a dar su opinión con el propósito de desarrollar mi pensamiento crítico. Mi Nini, en cambio, nunca ha apreciado mi pensamiento crítico y solía desalentarlo a coscorrones.

En un dibujo de mi familia, que pinté en el kindergarten, puse a mis abuelos a pleno color en el centro de la página y agregué una mosca en un extremo, -el avión de mi papá-, y una corona en otro representando la sangre azul de mi madre. Por si hubieran dudas, al otro día llevé mi libro, donde la princesa aparecía con capa de armiño montada en un oso blanco. La clase se rió de mí en coro. Más tarde, de vuelta en mi casa, metí el libro en el horno junto al pastel de maíz, que

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

se cocinaba a 350º. Después de que se fueron los bomberos y comenzó a disiparse la humareda volcánica, mi abuela me zamarreó a los gritos habituales de ¡chiquilla de mierda! mientras mi Popo procuraba rescatarme antes de que me desprendiera la cabeza. Entre hipos y mocos, les conté a mis abuelos que en la escuela me habían apodado "la huérfana de Laponia". Mi Nini, en uno de sus súbitos cambios de humor, me estrechó contra sus senos de papaya y me aseguró que de huérfana yo nada tenía, contaba con padre y abuelos, y el primer desgraciado que se atreviera a insultarme se las iba a entender con la mafia chilena. Esa mafia se compone de ella sola, pero Mike O'Kelly y yo la tememos tanto, que a mi Nini la llamamos Don Corleone.

Mis abuelos me retiraron de kindergarten y por un tiempo me enseñaron en la casa los fundamentos de colorear y hacer gusanos de plastilina, hasta que mi papá regresó de uno de sus viajes y decidió que yo necesitaba relaciones apropiadas a mi edad, además de los drogadictos de O'Kelly, los hippies abúlicos y las feministas implacables que frecuentaba mi abuela. La nueva escuela consistía en dos casas antiguas unidas por un puente techado en el segundo piso, un desafío arquitectónico sostenido en el aire por efecto de su curvatura, como las cúpulas de las catedrales, según me explicó mi Popo, aunque yo no había preguntado. Enseñaban con un sistema italiano de educación experimental en el cual los alumnos hacíamos lo que nos daba la gana, las salas carecían de pizarrones y pupitres, nos sentábamos en el suelo, las maestras no usaban sostén ni zapatos y cada uno aprendía a su propio ritmo. Tal vez mi papá hubiera preferido un colegio militar, pero no intervino en la decisión de mis abuelos, ya que a ellos les tocaría entenderse con mis maestras y ayudarme con las tareas.

"Esta chiquilla es retardada," decidió mi Nini al comprobar cuán lento era mi aprendizaje. Su vocabulario está salpicado de expresiones políticamente inaceptables, como retardado, gordo, enano, jorobado, maricón, marimacha, chinito-come-aloz y muchas otras que mi abuelo intentaba justificar como una limitación del inglés de su mujer. Es la única persona en Berkeley que dice negro en vez de africano-americano. Según mi Popo, yo no era deficiente mental, sino imaginativa, lo que es menos grave, y el tiempo le dio la razón, porque apenas aprendí el abecedario comencé a leer con voracidad y a llenar cuadernos con poemas pretenciosos y la historia inventada de mi vida, amarga y triste. Me había dado cuenta de que en la escritura la dicha no sirve para nada -sin sufrimiento no hay historia- y saboreaba en secreto el apodo de

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

huérfana, porque los únicos huérfanos en mi radar eran de los cuentos clásicos, todos muy desgraciados.

Mi madre, Marta Otter, la improbable princesa de Laponia, desapareció en las brumas escandinavas antes de que yo alcanzara a identificar su olor. Yo tenía una docena de fotografías de ella y un regalo que mandó por correo en mi cuarto cumpleaños, una sirena sentada en una roca dentro de una bola de vidrio, que al agitarse parecía estar nevando. Esa bola fue mi tesoro más preciado hasta los ocho años, cuando súbitamente perdió su valor sentimental, pero ésa es otra historia.

Estoy furiosa porque ha desparecido mi única posesión de valor, mi música civilizada, mi Ipod. Creo que se lo llevó Juanito Corrales. No quería crearle problemas, pobre niño, pero tuve que decírselo a Manuel, quien no le dio importancia, dice que Juanito lo usará por unos días y después lo dejará donde mismo estaba. Así se acostumbra en Chiloé, según parece. El miércoles pasado alguien nos devolvió un hacha que había sacado sin permiso de la leñera hacía más de una semana. Manuel sospechaba quien la tenía, pero habría sido un insulto reclamarla, ya que una cosa es tomar prestado y otra muy distinta es robar. Los chilotes, descendientes de dignos indígenas y soberbios españoles, son orgullosos. El hombre del hacha no dio explicaciones, pero trajo un saco de papas de regalo, que dejó en el patio antes de instalarse con Manuel a tomar chicha de manzana y observar el vuelo de las gaviotas en la terraza. Algo similar sucedió con un pariente de los Corrales, que trabaja en la Isla Grande y vino a casarse poco antes de la Navidad. Eduvigis le entregó la llave de esta casa para que, en ausencia de Manuel, quien andaba en Santiago, sacara el equipo de música y alegrara la boda. Al regresar, Manuel se encontró con la sorpresa de que su equipo de música se había esfumado, pero en vez de dar aviso a los carabineros, esperó con paciencia. En la isla no hay ladrones serios y los que vienen de afuera se verían en apuros para llevarse algo tan voluminoso. Poco después Eduvigis recuperó lo que su pariente se había llevado y lo devolvió con un canasto de mariscos. Si Manuel tiene su equipo, yo volveré a ver mi Ipod.

Manuel prefiere estar callado, pero se ha dado cuenta de que el silencio de esta casa puede ser excesivo para una persona normal y hace

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

esfuerzos por conversar conmigo. Desde mi pieza, lo escuché hablando con Blanca Schnake en la cocina. "No seas tan tosco con la gringuita, Manuel. ¿No ves que está muy sola? Tienes que hablarle," le aconsejó ella. "¿Qué quieres que le diga, Blanca? Es como una marciana," masculló él, pero debe haberlo pensado mejor, porque ahora en vez de abrumarme con charlas académicas de antropología, como hacía al principio, indaga sobre mi pasado y así, de a poco, vamos hilando ideas y conociéndonos.

Mi castellano sale a tropezones, en cambio su inglés es fluido, aunque con acento australiano y entonación chilena. Estuvimos de acuerdo en que yo debo practicar, así es que normalmente tratamos de hablar en castellano, pero pronto empezamos a mezclar los idiomas en la misma frase y acabamos en *espánglich*. Si estamos enojados, él me habla muy pronunciado en español, para que hacerme entender, y yo le grito en inglés de pandillero, para asustarlo.

Manuel no habla de sí mismo, lo poco que sé lo he adivinado o se lo he oído a la tía Blanca. Hay algo extraño en su vida. Su pasado debe ser más turbio que el mío, porque muchas noches lo he oído gemir y debatirse dormido, "¡sáquenme de aquí! ¡sáquenme de aquí!" Todo se oye a través de estas delgadas paredes. Mi primer impulso es ir a despertarlo, pero no me atrevo a entrar a su pieza; la falta de puertas me obliga a ser prudente. Sus pesadillas invocan presencias malvadas, parece que la casa se llenara de demonios. Hasta el Fákin se angustia y tiembla, pegado a mí en la cama.

Mi trabajo con Manuel Arias no puede ser más aliviado, consiste en transcribir sus grabaciones de entrevistas y copiar en limpio sus notas para el libro. Es tan ordenado, que si muevo un papelito insignificante en su escritorio se pone pálido. "Puedes sentirte muy honrada, Maya, porque eres la primera y única persona a quien le he permitido poner un pie en mi oficina. Espero no tener que lamentarlo," se atrevió a decirme, cuando tiré el calendario del año pasado. Lo recuperé de la basura intacto, salvo unas manchas de espaguetti, y se lo pegué a la pantalla de la computadora con goma de mascar. No me habló en veintiséis horas.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Su libro sobre la magia de Chiloé me tiene tan enganchada, que me quita el sueño. (Es una forma de hablar, a mí cualquier bobería me quita el sueño). No soy supersticiosa, como mi Nini, pero acepto que el mundo es misterioso y todo es posible. Manuel tiene un capítulo completo sobre la Mayoría, o la Recta Provincia, como se llamaba el gobierno de los brujos, muy temidos por estos lados. En nuestra isla se rumorea que los Miranda son una familia de brujos y la gente cruza los dedos o se persigna cuando pasa frente a la casa de Rigoberto Miranda, pariente de Eduvigis Corrales, pescador de oficio. Su apellido es tan sospechoso como su buena fortuna: los peces se pelean por caer en sus redes, aun cuando el mar está negro, y su única vaca ha parido gemelos dos veces en tres años. Dicen que para volar de noche, Rigoberto Miranda tiene un *macuñ*, un corpiño hecho con la piel del pecho de un cadáver, pero nadie lo ha visto. Es conveniente tajarles el pecho a los muertos con un cuchillo o una piedra filuda para que no sufran la suerte indigna de acabar convertidos en chaleco.

Los brujos vuelan, pueden hacer mucho mal, matan con el pensamiento y se transforman en animales, lo cual no me calza con Rigoberto Miranda, un hombre tímido que suele traerle cangrejos a Manuel. Pero mi opinión no cuenta, soy una gringa ignorante. Eduvigis me advirtió que cuando viene Rigoberto Miranda tengo que cruzar los dedos antes de hacerlo pasar a la casa, por si trae algún maleficio. Quien no ha sufrido la brujería de primera mano tiende a ser descreído, pero apenas suceden cosas raras acude corriendo donde una *machi*, una curandera indígena. Digamos que una familia de por aquí empieza a toser demasiado, entonces la *machi* busca al Basilisco o Culebrón, un reptil maléfico nacido de un huevo de gallo viejo, que está alojado bajo la casa y de noche les chupa el aliento a las personas dormidas.

Los cuentos y anécdotas más sabrosos se consiguen de la gente antigua, en los sitios más apartado del archipiélago, donde se mantienen las mismas creencias y costumbres desde hace siglos. Manuel no sólo obtiene información de los antiguos, también de periodistas, profesores, libreros, comerciantes, que se burlan de los brujos y la magia, pero ni locos se aventurarían de noche en un cementerio. Blanca Schnake dice que su padre, cuando era joven, conocía la entrada de la mítica cueva donde se reúnen los brujos, en la apacible aldea de Quicaví, pero en l960 un terremoto desplazó la tierra y el mar y desde entonces nadie ha podido encontrarla.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

Los guardianes de la cueva son *invunches*, seres espeluznantes formados por los brujos con el primer recién nacido varón de una familia, raptado antes del bautizo. El método para transformar al bebé en *invunche* es tan macabro como improbable: le quiebran una pierna, se la tuercen y la meten bajo la piel de la espalda, para que sólo pueda desplazarse en tres patas y no se escape, le aplican un ungüento que le hace salir una gruesa pelambre de chivo, le parten la lengua como la de una serpiente y lo alimentan con carne putrefacta de mujer muerta y leche de india. Por comparación, un zombi puede considerarse afortunado. Me pregunto a qué mente depravada se le ocurren tales horrores.

La teoría de Manuel es que la Recta Provincia o Mayoría, como también la llaman, fue en sus orígenes un sistema político. Desde el siglo dieciocho, los indios de la región, los huilliche, se rebelaron contra el dominio español y después contra las autoridades chilenas; supuestamente formaron un gobierno clandestino copiado del estilo administrativo de españoles y jesuitas, dividieron el territorio en reinos y nombraron presidentes, escribanos, jueces, etc. Existían trece brujos principales, que obedecían al Rey de la Recta Provincia, al Rey de Sobre la Tierra y al Rey de Debajo de la Tierra. Como era indispensable mantener el secreto y controlar a la población, crearon un clima de temor supersticioso por la Mayoría y así una estrategia política terminó convertida en una tradición de magia.

En l880 arrestaron a varias personas acusadas de brujería, las juzgaron en Ancud y las fusilaron, con el fin de partirle el espinazo a La Mayoría, pero nadie asegura que lograran su objetivo.

-¿Tú crees en brujas?- le pregunté a Manuel.

-No, pero haberlas, haylas, como dicen en España.

-¡Dime sí o no!

-Es imposible probar un negativo, Maya, pero tranquilízate, he vivido aquí hace muchos años y la única bruja que conozco es Blanca.

En nada de eso cree Blanca. Me dijo que los *invunches* fueron inventados por los misioneros para lograr que las familias chilotas bauticen a sus niños, pero eso me parece un recursos demasiado extremo, incluso para los jesuitas.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

-¿Quién es un tal Mike O'Kelly? Recibí un mensaje suyo incomprensible – me anunció Manuel.

-¡Ah, te escribió Blanca Nieves! Es un irlandés amigo de toda confianza de nuestra familia. Debe ser idea de mi Nini comunicarse con nosotros a través de él, para mayor seguridad. ¿Puedo contestarle?

-No directamente, pero yo puedo enviarle tu recado.

-Estas precuaciones son exageradas, Manuel, qué quieres que te diga.

-Tu abuela debe tener buenos motivos para ser tan cautelosa.

-Mi abuela y Mike O'Kelly son miembros del Club de Criminales y darían oro por estar mezclados en un crimen verdadero, pero tienen que conformarse con jugar a los bandidos.

-¿Qué club es ése? – me preguntó, preocupado.

Se lo expliqué empezando por el principio. La Biblioteca del condado de Berkeley contrató a mi Nini, once años antes de mi nacimiento, para contarles cuentos a los niños, como una forma de mantenerlos ocupados después de la escuela y antes de que los padres salgan del trabajo. Poco después ella le propuso a la Biblioteca sesiones de cuentos de detectives para adultos, idea que fue aceptada, entonces fundó con Mike O'Kelly el Club de Criminales, como lo llaman, aunque la Biblioteca lo promociona como el Club de la Novela Negra. A la hora de los cuentos infantiles, yo era una más entre los chiquillos pendientes de cada palabra de mi abuela y a veces, cuando ella no tenía con quien dejarme, también me llevaba a la Biblioteca a la hora de los adultos. Sentada en un cojín de piernas cruzadas, como un fakir, mi Nini le preguntaba a los niños qué deseaban oír, alguien proponía el tema y ella improvisaba en menos de diez segundos. A mi Nini siempre le ha molestado el artificio de un final feliz en los cuentos infantiles, cree que en la vida no hay finales sino umbrales, se deambula por aquí y por allá, tropezando y perdiéndose. Eso de premiar al héroe y castigar al villano le parece una limitación, pero para mantener su empleo debe ceñirse a la fórmula tradicional, la bruja no puede envenenar impunemente a la doncella y casarse de blanco con el príncipe. Mi Nini prefiere el público adulto, porque los asesinatos morbosos no requieren un final feliz. Está muy bien preparada, ha leído cuanto caso policial y manual de medicina forense existe, dice que con Mike O'Kelly podrían realizar una autopsia sobre la mesa de la cocina con la mayor facilidad.

El Club de Criminales consiste en un grupo de amantes de las novelas de detectives, personas inofensivas que en sus ratos libres se

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

dedican a planear monstruosos homicidios. Comenzó discretamente en la Biblioteca de Berkeley y ahora, gracias a la Internet, tiene alcance global. Está financiado en su totalidad por los socios, pero como éstos se reunen en un edificio público, se han alzado voces indignadas en la prensa local alegando que se fomenta el crimen con los impuestos de los contribuyentes. "No sé de qué se quejan. ¿No es mejor hablar de crímenes que cometerlos?" alegó mi Nini ante el alcalde, cuando éste la citó a su oficina para discutir el problema.

La relación de mi Nini y Mike O'Kelly nació en una librería de viejos, donde ambos estaban absortos en la sección de libros usados de detectives. Ella estaba casada hacía poco con mi Popo y él era estudiante en la Universidad, todavía caminaba en sus dos piernas y no pensaba convertirse en activista social ni dedicarse a rescatar jóvenes delincuentes de calles y cárceles. Desde que me acuerdo mi abuela ha horneado galletas para los muchachos de O'Kelly, en su mayoría negros y latinos, los más pobres de la Bahía de San Francisco. Cuando tuve edad para interpretar ciertos signos, adiviné que el irlandés está enamorado de mi Nini, aunque es doce años menor y ella jamás habría cedido al capricho de serle infiel a mi Popo. Es un amor platónico de novela victoriana.

Mike O'Kelly adquirió fama cuando hicieron un documental sobre su vida. Le cayero dos tiros en la espalda por proteger a un chico pandillero y quedó postrado en silla de ruedas, pero eso no le impide continuar con su misión. Puede dar unos pasos con un andador y manejar un coche especial, así recorre los barrios más bravos salvando almas y es el primero en presentarse en cuanta protesta callejera se arma en Berkeley y sus alrededores. Su amistad con mi Nini se fortalece con cada causa deschavetada que abrazan juntos. Fue idea de ambos que los restaurantes de Berkeley donaran la comida sobrante a los mendigos, locos y drogadictos de la ciudad. Ella consiguió un trailer para distribuirla y él reclutó a los voluntarios para servir. En el noticiario de la televisión aparecieron los indigentes escogiendo entre sushi, curry, pato con trufas y platillos vegetarianos del menú. Más de alguno reclamó por la calidad del café. Pronto las colas se engrosaron con sujetos de la clase media dispuestos a comer sin pagar, hubo enfrentamientos entre la clientela original y los aprovechadores y

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

O`Kelly tuvo que traer a sus muchachos para poner orden antes de que lo hiciera la policía. Por último el Departamento de Salud prohibió la distribución de sobras, porque un alérgico casi se muere con salsa tailandesa de cacahuates.

El irlandés y mi Nini se juntan a menudo a tomar té con bollos y analizar asesinatos truculentos. "¿Tú crees que un cuerpo descuartizado se puede disolver en líquido para destapar cañerías?" sería una pregunta de O´Kelly. "Depende del tamaño de los trozos," diría mi Nini y ambos procederían a verificarlo remojando un kilo de chuletas en Drano, mientras yo tendría que anotar los resultados.

-No me sorprende que se hayan confabulado para mantenerme incomunicada en el fin del mundo – le comenté a Manuel Arias.

-Por lo que me cuentas, son más temibles que tus supuestos enemigos, Maya – me contestó.

-No mires en menos a mis enemigos, Manuel.

-¿Tu abuelo también remojaba chuletas en líquido para destapar cañerías?

-No, lo suyo no eran crímenes, sino estrellas y música, pertenecía a la tercera generación de una familia amante de la música clásica y el jazz.

Le conté que mi abuelo me enseñó a bailar apenas pude sostenerme en los pies y me compró un piano a los cinco años, porque mi Nini pretendía que yo fuera una niña prodigio y concursara en la televisión. Mis abuelos soportaron mis estruendosos ejercicios en el teclado, hasta que la profesora sugirió que mi esfuerzo estaría mejor empleado en algo que no requiriera buen oído. De inmediato opté por el *soccer*, como llaman los americanos al fútbol, una actividad que a mi Nini le parece de tontos, once hombres grandes en pantalones cortos peleando por una pelota. Mi Popo nada sabía de ese deporte, porque no es popular en los Estados Unidos, pero no vaciló en abandonar el béisbol, del cual era fanático, para calarse cientos de partidos infantiles femeninos de fútbol. Valiéndose de unos colegas del observatorio de Sao Paulo, me consiguió un afiche firmado por Pelé, quien estaba retirado de la cancha hacía mucho y vivía en Brasil. Por su parte mi Nini se empeñó en que yo leyera y escribiera como adulto, en vista de que no iba a ser un prodigio musical. Me hizo socia de la biblioteca, me hacía copiar parrafadas de libros clásicos y me daba coscorrones si me pillaba una falta de ortografía o si yo llegaba con notas mediocres en inglés o literatura, los únicos ramos que le interesaban.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

-Mi Nini siempre ha sido ruda, Manuel, pero mi Popo era un caramelo, él fue el sol de mi vida. Cuando Marta Otter me llevó a la casa de mis abuelos, él me sostuvo contra su pecho con mucho cuidado, porque nunca había tomado a un recién nacido. Dice que el cariño que sintió por mí lo trastornó. Así me lo contó y nunca he dudado de ese cariño.

Si empiezo a hablar de mi Popo, no hay forma de callarme. Le expliqué a Manuel que a mi Nini le debo el gusto por los libros y un vocabulario nada despreciable, pero a mi abuelo le debo todo lo de más. Mi Nini me hacía estudiar a la fuerza, decía que "la letra entra con sangre", o algo así de bárbaro, pero él convertía el estudio en juego. Uno de esos juegos consistía en abrir el diccionario al azar, poner el dedo a ciegas en una palabra y adivinar el significado. También jugábamos a las preguntas idiotas: ¿por qué la lluvia cae para abajo, Popo? Porque si cayera para arriba te mojaría los calzones, Maya. ¿Por qué el vidrio es transparente? Para confundir a las moscas. ¿Por qué tienes las manos negras por arriba y rosadas por abajo, Popo? Porque no alcanzó la pintura. Y así seguíamos hasta que mi abuela perdía la paciencia y empezaba a aullar.

La inmensa presencia de mi Popo, con su humor socarrón, su bondad ilimitada, su inocencia, su barriga para acunarme y su ternura, llenó mi infancia. Tenía una risa sonora, que nacía en las entrañas de la tierra, le subía por los pies y lo sacudía entero. "Popo, júrame que no te vas a morir nunca," le exigía yo al menos una vez por semana y su respuesta era invariable: "Te juro que siempre estaré contigo." Procuraba volver temprano de la universidad para pasar un rato conmigo antes de irse a su escritorio con sus libracos de astronomía y sus mapas astrales, preparando clases, corrigiendo pruebas, investigando, escribiendo. Lo visitaban alumnos y colegas y se encerraban a intercambiar ideas espléndidas e improbables hasta el amanecer, cuando los interrumpía mi Nini en camisa de dormir y con un termo grande de café. "Se te puso opaca el aura, viejo. ¿No te acuerdas que a las ocho tienes clases?" y procedía a repartir café y empujar a las visitas hacia la puerta. El color dominante del aura de mi abuelo era violeta, muy apropiado para él, porque es el color de sensibilidad,

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

sabiduría, intuición, poder psíquico, visión futurística. Ésas eran las únicas oportunidades en que mi Nini entraba al escritorio, en cambio yo tenía libre acceso y hasta disponía de mi propia silla y un rincón de la mesa para hacer mis tareas, acompañada por jazz suave y el olor a tabaco de la pipa.

Según mi Popo, el sistema educativo oficial pasma el desarrollo del intelecto; a los maestros hay que respetarlos, pero hacerles poco caso. Decía que Da Vinci, Galileo, Einstein y Darwin, por mencionar sólo a cuatro genios de la cultura occidental, ya que ha habido muchos otros, como los filósofos y matemáticos árabes, Avicena y Al-Khwarizmi, cuestionaron el conocimiento de su época. Si hubieran aceptado las estupideces que les enseñaban sus mayores, no habrían inventado ni descubierto nada. "Tu nieta no es ningún Avicena y si no estudia tendrá que ganarse la vida friendo hamburguesas," le rebatía mi Nini. Pero yo tenía otros planes, quería ser futbolista, ésos ganan millones. "Son hombres, chiquilla tonta ¿Conoces alguna mujer que gane millones?" alegaba mi abuela y enseguida me soltaba un discurso de agravio, que comenzaba en el terreno del feminismo y derivaba hacia el de la justicia social, para concluir que por jugar fútbol yo terminaría con las piernas peludas. Después, en un aparte, mi abuelo me explicaba que el deporte no causa hirsutismo, sino los genes y las hormonas.

Durante mis primeros años dormí con mi abuelos, al comienzo entre los dos y después en un saco de dormir, que manteníamos debajo de la cama y cuya existencia los tres fingíamos ignorar. En la noche mi Popo me llevaba a la torre a examinar el espacio infinito sembrado de luces, así aprendí a distinguir las estrellas azules que se acercan y las rojas que se alejan, los cúmulos de galaxias y los supercúmulos, estructuras aún más inmensas, de las cuales hay millones. Me explicaba que el Sol es una estrella pequeña entre cien millones de estrellas en la Vía Láctea y que seguramente había millones de otros universos además del que ahora podemos vislumbrar. "O sea, Popo, somos menos que un suspiro de piojo", era mi conclusión lógica. "¿No te parece fantástico, Maya, que estos suspiros de piojos podamos concebir el prodigio del universo? Un astrónomo necesita más imaginación poética que sentido común, porque la magnífica complejidad del universo no puede medirse ni explicarse, sólo puede intuirse." Me hablaba del gas y del polvo estelar que forman las bellísimas nebulosas, verdaderas obras de arte, brochazos intrincados de colores magníficos en el firmamento, de cómo nacen y mueren las estrellas, de los hoyos negros, del espacio y del

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

tiempo, de cómo posiblemente todo se originó con el Big Bang, una explosión indescriptible, y de las partículas fundamentales que formaron los primeros protones y neutrones, y así, en procesos cada vez más complejos, nacieron las galaxias, los planetas, la vida. "Venimos de las estrellas," solía decirme. "Eso mismo digo yo,"agregaba mi Nini, pensando en los hosróscopos.

Después de visitar la torre, con su mágico telescopio, y de darme mi vaso de leche con canela y miel, secreto de astrónomo para desarrollar la intuición, mi abuelo vigilaba que me cepillara los dientes y me llevaba a la cama. Entonces llegaba mi Nini y me contaba un cuento diferente cada noche, inventado al vuelo, que yo intentaba prolongar lo más posible, pero inevitablemente llegaba el momento de quedarme sola, entonces me ponía a contar corderos, alerta al balanceo del dragón alado sobre mi cama, los crujidos del piso, los pasitos y murmullos discretos de los habitantes invisibles de aquella casa embrujada. Mi lucha por vencer el miedo era meramente retórica, porque apenas mis abuelos se dormían, me deslizaba a su pieza, tanteando en la oscuridad, arrastraba el saco de dormir a un rincón y me acostaba en paz. Por años mi abuelos se dieron cita en hoteles a horas indecentes para hacer el amor a escondidas. Sólo ahora, que ya soy grande, puedo tomarle el peso al sacrificio que hicieron por mí.

Con Manuel estudiamos el críptico mensaje que le había enviado O'Kelly. Las noticias eran buenas: la situación en mi casa era normal y mis perseguidores no habían dado señales de vida, aunque eso no significaba que me hubiesen olvidado. El irlandés no lo expresó directamente, como es lógico dada la situación, sino en una clave similar a la usada por los japoneses en la Segunda Guerra Mundial, que él me había enseñado.

Llevo un mes en esta isla. No sé si llegaré a acostumbrarme algún día al paso de tortuga de Chiloé, a esta pereza, esta permanente amenaza de lluvia, este paisaje inmutable de agua y nubes y pastizales verdes. Todo es igual, todo es sosiego. Los chilotes no conocen la puntualidad, los planes dependen del clima y del ánimo, las cosas pasan cuando pasan, para qué hacer hoy lo que se puede hacer mañana. Manuel Arias se burla de mis listas y proyectos, inútiles en esta cultura atemporal, aquí una hora o una semana es lo mismo, sin embargo él

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.

mantiene sus horarios de trabajo y avanza con su libro al ritmo que se ha propuesto.

Chiloé tiene su propia voz. Antes no me quitaba los audífonos de de las orejas, mi música era mi oxígeno, pero ahora ando atenta para entender el castellano enrevesado de los chilotes. Juanito Corrales dejó mi Ipod en el mismo bolsillo de la mochila de donde lo sacó y nunca hemos mencionado el asunto, pero en la semana que se demoró en devolverlo me di cuenta de que no me hace tanta falta como creía. Sin el Ipod puedo oír la voz de la isla, pájaros, viento, lluvia, crepitar de leña, ruedas de carreta y a veces los violines remotos del Caleuche, un barco fantasma que navega en la niebla y se reconoce por la música y la sonajera de huesos de los náufragos que van a bordo cantando y bailando. Al barco lo acompaña un delfín llamado Cahuilla, el nombre que Manuel le puso a su lancha.

A veces siento nostalgia por un trago de vodka para honrar tiempos pasados, que fueron pésimos, pero algo más movidos que éstos. Es un capricho fugaz, no el pánico de la abstinencia forzada que he experimentado antes. Estoy decidida a cumplir mi promesa, nada de alcohol, drogas, teléfono ni email, y lo cierto es que me ha costado menos de lo esperado. Una vez que aclaramos ese punto, Manuel dejó de esconder las botellas de vino. Le expliqué que no debe modificar sus hábitos por mí, hay alcohol en todas partes y yo soy la única responsable de mi sobriedad. Entendió y ya no se inquieta demasiado si voy a La Taberna del Muertito por algún programa de televisión o para ver el truco, un juego de naipes españoles en que los participantes improvisan versos con cada movida.

Algunas costumbres de la isla, como ésa del truco, me encantan, pero otras han terminado por fastidiarme. Si el chucao, un pájaro chiquito y gritón, canta por mi lado izquierdo es mala suerte, debo quitarme una prenda de ropa y darla vuelta al revés antes de seguir por el mismo camino; si ando de noche mejor llevo un cuchillo limpio y sal, porque si me sale al encuentro un perro negro mocho de una oreja, es un brujo, y para librarme debo trazar una cruz en el aire con el cuchillo y esparcir sal. La cagatina que casi me despacha cuando recién llegué a Chiloé no fue disentería, porque se me habría quitado con los antibióticos del doctor, sino un maleficio, como demostró Eduvigis al curarme con rezos, con su infusión de arrayán, linaza y toronjil y con sus friegas en la barriga con pasta para limpiar metales.

www.megustaleer.com
(c) Random House Mondadori, S. A.